

Testimonio de Thomas Ellwood sobre Isaac Pennington

Aunque no ignoro los muchos testimonios vivos y de peso que ya han sido dados por testigos fieles y verídicos que pueden parecer suficientes sin el mío, no me siento del todo exonerado, sino que siento un impulso en mi espíritu para escribir unas pocas líneas sobre mi querido amigo fallecido. Confieso que me siento comprometido por el doble motivo de cariño y gratitud. Ciertamente es que yo lo amaba por completo, y seguro estoy que por sus méritos. Merecía el amor de todos, pero el mío en particular porque para conmigo había sido bondadoso en abundancia. En el día en que le plugo al Señor despertar mi alma, y llamarme a salir de las impurezas del mundo con respecto a la adoración y el comportamiento, (mientras por este cambio mis vecinos se burlaban de mí, mis familiares y mis conocidos me vieron con menosprecio y desdén, hasta que llegué a ser casi un expulsado, expuesto al mundo teniendo que defenderme por mí mismo) ¡con cuánta alegría me aceptó! ¡Con cuánto cariño me recibió! ¡Con cuánta atención me protegía! ¡Con cuánta ternura como un padre me cuidaba, vigilándome para que no retrocediera ni fuera engañado a abandonar la sencillez de la verdad que había recibido! ¿Acaso puedo olvidar su amor, o permitir que sus muchas bondades se escapen de mi mente? O no; su memoria es grata para mí, y no puedo pensar de él sin regocijo. Como amigo lo amaba de verdad. Como padre (porque su cuidado para conmigo así me lo hacía sentir) lo reverenciaba. Como anciano lo honraba con ese doble honor que bien merecía. Mi espíritu quedó unido con el suyo; sí, mi alma fue vinculada y entretrejida con él en el santo pacto de vida, que la muerte no ha sido capaz de romper. Ten un poco de paciencia conmigo, te pido, quienquiera que leas estas líneas, mientras me tomo la libertad de expresar lo que entiendo de este amado amigo mío. Si parezco muy íntimo, te aseguro que así era nuestra relación.

Tenía por naturaleza una mente aguda y excelente, muy desarrollada y pulida por una educación liberal y refinada. Su carácter era cortés y amable, sin orgullo ni artificio. Su habla cotidiana era alegre y agradable, ni sombría ni liviana sino inocente y dulce, sazónada con una seriedad grave que hacía su conversación amena y edificante... Era erudito, pero humilde; lleno de conocimiento (conocimiento celestial) pero no se jactaba por eso. De gracia había recibido del Señor; de gracia comunicó de lo que había recibido a los que necesitaban consejo, información, o dirección en su viaje hacia el cielo. La experiencia de su propio viaje lo capacitó y preparó para ese servicio porque el Señor le había dirigido por entre muchos apuros y dificultades, muchas tentaciones, pruebas, y esfuerzos por los que el Señor le había probado y confirmado. ... Cuán grandes y numerosos fueron sus ejercicios durante el tiempo que pasó en otros grupos religiosos; cuán sincero y urgente andaba su espíritu en pos del puro disfrute de Dios; cuán asombroso e intenso era el trato de Dios para con él; hasta qué punto llegó a entender la laboriosa jornada de su alma, y a quedar satisfecho... Pennington relata esta jornada espiritual en el siguiente texto:

Una breve narración, fiel y verdadera, tocante mis labores espirituales y el trato del Señor para conmigo. Digo "fiel y verdadera" porque es testimonio de la verdad, no publicado por mi propia voluntad sino por voluntad del Señor y lo que él requiere de mí para su servicio en este momento.

Desde mi infancia he sido un varón de dolores y aflicción, sintiendo que me faltaba el Señor y añorando por él, y separado por él del amor, la naturaleza y el espíritu de este mundo, y vuelto en espíritu hacia él casi desde que tengo memoria.

Sintiéndome perdido, busqué al Señor, leí las Escrituras, le puse guarda a mi propio corazón, clamé al Señor por lo que yo sentía que me faltaba, y bendecía su nombre por lo que su misericordia había hecho por mí, y por lo que me había concedido, etc. Me entregué a la fiel práctica de todo lo que leía en las Escrituras que me parecía el camino de Dios según mi entendimiento. Estaba conforme a aceptar como consecuencia todo reproche, oposición, y varios tipos de sufrimiento que le plugo al Señor otorgarme como porción. Tengo que decir que el Señor fue bueno conmigo, que me visitaba y enseñaba, y ayudaba, y muchas veces manifestó su favor hacia mí, cosa que refrescó y alegró mi corazón ante él.

Pero mi alma no estaba satisfecha con lo que había encontrado, y claro que no podía estarlo, porque había más latir y más empuje en mi espíritu buscando un conocimiento más pleno, cierto y satisfactorio. Quería llegar hasta sentir, ver y deleitarme en Dios según las Escrituras atestiguan que se había sentido y gozado en tiempos pasados. Porque yo veía claramente las corrientes atascadas y una gran destitución del poder, la vida y la gloria de la que antes se gozaba. No teníamos ni el espíritu, ni estábamos en la fe, ni vivíamos, ni caminábamos en Dios como ellos lo habían hecho. Ellos habían llegado al Monte de Sión y a la Jerusalén celestial, etc., de lo que nosotros apenas llegábamos a atisbar o conocer por la lectura. Por eso yo veía que todo lo que hacíamos en religión era, en su mayor parte, meras palabras, comparado con lo que ellos habían sentido, poseído, y vivido.

Este sentir me dio un hondo dolor en el alma, y me hizo clamar a Dios profundamente, escudriñar la Escrituras con esmero, y confiar en el Señor para que yo pudiera recibir el puro sentido y entendimiento de la Escrituras, en la luz y con la ayuda de su Espíritu. Aun hoy en día recuerdo en su presencia con agradecimiento lo que el Señor me otorgó cuando estaba en esa condición. En esos días él era mi Dios, me vigilaba y tenía misericordia de mí, aunque no le plugo en ese tiempo enseñarme cómo asentar mi mente en él. Fui guiado (de veras fui guiado, no me precipité por mi cuenta) a una sociedad recogida, en un camino separado de la adoración del mundo, porque me dieron testimonio para esto tanto las Escrituras como el Espíritu de Dios. Hasta hoy en día mi corazón alberga memoria y testimonio de lo que

encontrábamos, de las guianzas y la ayuda que sentíamos. Pero faltaba algo, y nos extraviábamos, porque nos encaminamos demasiado a lo exterior hacia la letra y la forma, en vez de lo que debíamos haber hecho, seguir adelante hacia el espíritu y el poder. Aunque el Señor nos ayudaba en muchas cosas, en esto estaba en nuestra contra, y trajo oscuridad, confusión y dispersión entre nosotros. Yo estaba quebrantado y ensombrecido, y en esa condición tenebrosa yacía inmóvil durante largo rato, en mis adentros añoraba y clamaba al Señor día y noche. A veces corría de un lado a otro en busca de algo que pudiera revelarse o brotar en otros, pero nunca encontré nada a que mi corazón respondiera, excepto en un pueblo que tenía un toque de la verdad; pero no se lo dije a ninguno de ellos, ni sentía que ellos eran capaces de responder a mi condición.

Por fin, después de todas mis vicisitudes, andanzas, y lastimosas faenas me encontré con algunos escritos de esta gente llamada CUÁQUEROS. Les había echado un vistazo desdeñoso por considerar que no llegaban a esa sabiduría, luz, vida y poder que yo había estado añorando y buscando. Algún tiempo después tuve la oportunidad de conocer a algunos de ellos, y varios fueron movidos por el Señor (después supe que así había sido) a venir a mí. Según me acuerdo, al principio tocaron la vida de Dios en mí, y esa vida respondió a su voz y causó que en mí brotara un gran amor para con ellos. Mas en mis diálogos con ellos, y en mis disputaciones sobre ellos a solas en mi mente, me quedaba muy lejos de reconocer que ellos conocían al Señor; no me parecían estar en su vida y poder de la forma que mi condición requería y mi alma añoraba. Es más, mientras más conversaba con ellos, más me parecía que yo los superaba en mi entendimiento y razón, y los pisoteaba bajo mis pies como una generación pobre, débil, necia y menospreciable, que tenían unos retazos de la verdad, y algo de deseos honestos para con Dios, pero que estaban muy lejos de un entendimiento claro y pleno de su senda y voluntad. Y este era el efecto de casi toda conversación con ellos: siempre llegaban a mi corazón, y yo los sentía muy dentro de los secretos de mi alma, cosa que causaba que el amor en mí siempre continuara y aun a veces aumentara para con ellos. Sin embargo a diario mi entendimiento los superaba más y más, y por eso a diario más y más yo los menospreciaba.

Después de largo tiempo me invitaron a escuchar a uno de ellos (cosa que habían hecho a menudo ya que en su tierno amor me tenían lástima sintiendo que a mí me faltaba lo que ellos poseían). Hubo respuesta en mi corazón, y fui con temor y temblor; y ante el Altísimo que está sobre todo y lo conoce todo, yo deseaba no recibir como verdad nada que no fuera de él, ni resistir nada que sí fuera de él; pedía que yo pudiera doblegarme ante la presencia del Señor mi Dios, y ante ningún otro. De veras, cuando llegué sentí la presencia y el poder del Altísimo entre ellos, y palabras de verdad venidas del Espíritu de verdad llegando a mi corazón y a mi conciencia, abriendo mi condición

como en la presencia del Señor. Sí, no sólo sentí palabras y demostraciones desde fuera, sino que sentí lo muerto reanimado, la semilla levantada. De modo que, con la certidumbre de luz y la claridad de experiencia verdadera, mi corazón dijo: *Este es él, no hay otro; este es él a quien he esperado y buscado desde mi infancia; el que siempre estaba cerca de mí, y que a menudo engendraba vida en mi corazón, pero yo no lo conocía sino vagamente, ni sabía cómo recibirlo, ni cómo morar con él.* Y así en esta experiencia (al derretirse y quebrantarse mi espíritu), me sentí entregado al Señor para hacerme suyo, para esperar que su semilla se revelara en mí aún más, y para servirle en la vida y poder de su semilla.

Es indecible lo que me vino encima después, en mis faenas, mis añoranzas, mis esfuerzos espirituales; sólo puedo decir esto en general, cayó sobre mí toda la fuerza del infierno. El cruel opresor bramaba sobre mí, y me hizo sentir la amargura de su cautiverio mientras tenía poder. El Señor estaba muy lejos de mi socorro, de la voz de mi clamor.¹ Me vi en medio de hondas sutilezas y engaños puestos para enredarme en aquella sabiduría que parece capaz de hacernos sabios en las cosas de Dios, pero que en realidad es necedad, y trampa para el alma, para volverla al cautiverio donde las tramoyas del enemigo prevalecen. El Señor mi Dios sabe el trato que exteriormente recibí de mi muy querido padre, de mi familia, de mis sirvientes, y del poder y pueblo del mundo, sólo porque temía a mi Dios, porque lo adoraba como él me requería, y me doblegaba a su semilla que es su Hijo, el que ha de ser adorado por los hombre y los ángeles para siempre. Mi corazón y mis sendas están ante el Señor mi Dios, quien preservaba mi amor hacia ellos en medio de todo lo que me hacían sufrir, y todavía me preserva así, bendito sea su santo y puro nombre.

Si algunos quieren saber con qué yo me he encontrado, les respondo: *Me he encontrado con la Semilla.* Entiende esa palabra y vas a quedar satisfecho y no preguntarás nada más. Me he encontrado con mi Dios, me he encontrado con mi Salvador, y su presencia en mí no ha carecido de su Salvación, sino que debajo de sus alas he sentido mi alma ungida por su bálsamo. Me he encontrado con el conocimiento verdadero, el conocimiento de la vida, el conocimiento viviente, el conocimiento que es vida; y esto lleva consigo la verdadera virtud, en la que mi alma se ha regocijado en la presencia del Señor. Me he encontrado con el Padre de la Semilla, y en la Semilla lo he sentido mi Padre. Ahí he leído su naturaleza, su amor, sus compasiones, su ternura, que han derretido, vencido y transformado mi corazón ante él. Me he encontrado con la fe de la Semilla que ha hecho y hace lo que la fe humana nunca podrá hacer. Me he encontrado con el verdadero nacer, con el nacer que es heredero y que hereda el reino. Me he encontrado con el verdadero espíritu de oración y súplica con que se ruega a Dios y con el que se consigue de él lo que nuestra

¹ véase Salmo 22:1

condición necesita; con el alma siempre mirando hacia él con la voluntad y en el tiempo y por los medios aceptables a él. ¿Qué más puedo decir? Me he encontrado con la verdadera paz, la verdadera rectitud, la verdadera santidad, el verdadero descanso del alma, el aposento imperecedero en donde moran los redimidos. Y sé que todo esto es verdad, en él quien es verdad, y ya no soy capaz de ninguna duda, ni racionio, ni disputa en mi mente sobre esto, porque mi mente mora ahí mismo en donde ha recibido plena certidumbre y satisfacción absoluta. Y además en espíritu reconozco muy bien y nítidamente dónde están estas dudas y disputas, y dónde están la certidumbre y la seguridad completa; y la tierna misericordia del Señor me conserva fuera de aquello y dentro de esto.

El Señor sabe que no digo estas cosas para jactarme; prefiero hablar de mi nada, mi vacío, mi debilidad, mis muchas faltas, que siento ahora más que nunca. El Señor ha quebrantado la parte humana en mí, y ante él soy gusano, y no hombre.² No tengo fuerzas para hacerle ningún bien ni servicio; es más, no puedo ni custodiarme ni preservarme a mí mismo. A diario siento que no mantengo viva a mi propia alma. Soy más débil que nunca ante los demás, aun más débil en mi espíritu, en mi propia persona. Sin embargo tengo que decir estas cosas para alabar a mi Dios, y siento su brazo extendido³ por mí. La debilidad que siento en mí no me es pérdida, sino ventaja ante él. —
Escribo estas cosas, sin ningún propósito de mi parte, pero esta mañana me sentí requerido a hacerlo. Por lo tanto, en sumisión y obediencia a mi Dios me he rendido para hacerlo, dejando a él el servicio y el éxito de esta labor.

I. P.

Aylesbury, 15° del 3^{er} mes, 1667

A Penington no sólo le fue otorgado creer, sino también sufrir por el amor a Cristo. Muchas veces fue encarcelado, y varias veces por largo tiempo; pasó por todo esto con mente tranquila y firme. Por si acaso este resumen tan general no responde a la expectativa y el deseo del lector, aquí incluyo un resumen más detallado, pero tan corto y abreviado como sea posible.

Su primer encarcelamiento fue en la prisión de Aylesbury en los años 1661 y 1662 por haber adorado a Dios en su propia casa. Durante diecisiete semanas, la mayor parte en invierno, fue encerrado en un cuarto muy incómodo, frío y sin chimenea. Debido a este duro tratamiento, su tierno cuerpo se enfermó de un mal tan violento que durante varias semanas no podía volverse en la cama.

El segundo fue en el año 1664 cuando fue sacado de una reunión en la que estaba con otros pacíficamente esperando en Dios, y fue mandado a la cárcel de Aylesbury, donde otra vez estuvo prisionero entre diecisiete y dieciocho semanas.

² Salmos 22:6

³ Véase Salmos 136:12

El tercero fue en el año 1665 cuando fue arrestado con muchos otros en una calle pública de Amersham mientras llevaban y acompañaban a la tumba el cuerpo de un amigo fallecido. Desde allí fue mandado otra vez a la cárcel de Aylesbury, pero este encarcelamiento fue sólo por un mes aproximadamente porque el propósito era expulsarlo.

El cuarto fue en el mismo año de 1665, un mes después de ser liberado de la condena anterior. Hasta entonces había sido encarcelado por los magistrados civiles, pero ahora, para experimentar la dureza de los dos, cayó en manos de los militares. Un soldado tosco, sin ninguna autoridad más que lo que llevaba en la vaina, llegó a su casa y le dijo que venía para llevarlo ante Sir Philip Palmer, uno de los subtenientes del condado. Penington fue sumisamente, y Palmer lo mando con una guardia de soldados a la cárcel de Aylesbury, con una orden irregular que mandaba "Que el carcelero debía recibir y guardarlo en custodia segura mientras deseara el conde de Bridgewater." Parece que Bridgewater había concebido una hostilidad tan grande y tan injusta que, aunque en ese año de gran enfermedad se sospechaba que la plaga estaba en esa cárcel, no permitió que Isaac Penington fuera mudado a otra casa en la ciudad para ser encarcelado allí hasta que la cárcel estuviera limpia, a pesar de las instancias de una persona de categoría y poder considerable en el condado. Más tarde, cuando un prisionero murió de la plaga en la cárcel, la esposa del carcelero, en ausencia de su esposo, dio permiso a Isaac Penington para mudarse a otra casa, donde estuvo encarcelado unas seis semanas. Después de eso, debido a la influencia del conde de Ancram, Philip Palmer mandó una orden de dar libertad, por la que fue suelto después de un encarcelamiento de tres cuartos de año, con manifiesto peligro a su vida, y sin haber cometido ninguna ofensa.

Después de estar en su hogar unas tres semanas, un grupo de soldados mandados por el mismo Philip Palmer (por orden del conde de Bridgewater según se decía) llegaron a su casa, y sacándolo de su cama lo llevaron de nuevo a la cárcel de Aylesbury. Allí, sin manifestar ninguna causa, ni alegar ningún crimen, fue retenido en la cárcel durante año y medio, en cuartos tan fríos, tan húmedos, tan insalubres, que casi perdió la vida, y se enfermó tan gravemente que estuvo débil en cama durante varios meses. Por fin un pariente de su esposa, por un hábeas corpus, logró llevarlo a juicio en el King's Bench, donde fue puesto en libertad en el año de 1668. (El juez se admiró de que un hombre fuera encarcelado tanto tiempo por nada.) Este fue su quinto encarcelamiento.

El sexto fue en el año 1670 en la cárcel de Reading, donde fue para visitar a sus amigos que sufrían allí por testificar de Jesús. Cuando su presencia en la cárcel fue comunicada a Sir William Armorer, justicia de paz del condado que vivía en la ciudad, Penington fue llamado a comparecer ante él y fue enviado a la cárcel. Por esto llegó a ser compañero en sufrimiento con los que había venido a visitar que sufrían por la verdad. Estuvo encarcelado durante un año y tres cuartos, y fue condenado por praemunire,⁴ pero al fin el Señor lo liberó.

⁴ En la historia de Inglaterra, la Ley de Praemunire castigaba a toda persona que daba su lealtad a otro monarca, más tarde a los que negaban la autoridad religiosa del Rey Henry VIII y seguían fieles al Papa, y en el siglo XVII a los que demostraban su falta de lealtad al Rey rechazando la Jura. La sentencia por praemunire incluía una declaración que la persona estaba fuera de la protección del Rey, la confiscación de todos sus bienes, y el encarcelamiento de por vida. Esta ley fue usada contra los cuáqueros en el siglo XVII, incluso contra Margaret Fell.

Por entre muchas vicisitudes entró en el reino, después de haber sido ejercitado, probado, y aprobado por el Señor. Estuvo en esta guerra mucho tiempo, y como buen soldado soportó la lucha de aflicción. Habiendo peleado la buena batalla, y guardado la fe, ahora ha acabado la carrera en el momento decidido por el Señor, y se ha ido a poseer la corona de justicia guardada para él y para todos los que aman la venida resplandeciente del Señor.⁵ Fiel obrero fue en la viña del Señor, pero ahora descansa de su trabajo, y sus obras siguen con él.⁶ Caminó con Dios y fue llevado.⁷ Vivió para el Señor y en el Señor murió, y por el Espíritu del Señor, bendito es declarado: bendito sea el nombre del Señor por siempre.

Fuente: "The Testimony of Thomas Ellwood concerning Isaac Penington." *Works of Isaac Penington*. Quaker Heritage Press, Vol. 1, pp. 3-13.
<http://www.qhpress.org/texts/penington/ellwood.html>

⁵ Véase 2 Timoteo 4:7-8

⁶ Véase Apocalipsis 14:13

⁷ Genesis 5:24